

Uno: incursión de un grupo armado en el campamento de Techint, Ayacucho. Se toma setenta y un rehenes. Dos: los rehenes son liberados sanos y salvos treinta y seis horas después. Tres: el presidente Toledo se adjudica el éxito. Hay hechos que discrepan de su versión. Cuatro: ¿cuál es el peligro real respecto del cual esta incursión alerta?

Lecciones de un secuestro

No fue un secuestro al paso ni tampoco —como se temió inicialmente— un secuestro masivo a la colombiana. Pero si la sensación de escalofrío que tuvimos los peruanos en las primeras horas del secuestro no fue, menos mal, justificada por los hechos, puesto que el armamento, la logística y los planes de los secuestradores fueron de menor calibre que lo temido, el alivio por el rápido y feliz desenlace no debe ocultar riesgos hoy todavía incipientes, pero alarmantes si no se conjuran de inmediato.

Veamos primero los antecedentes.

Crónica de incursiones

La derrota estratégica —política y militar— de Sendero Luminoso en los años noventa no trajo consigo el fin de las acciones armadas de esa organización, sino su reducción significativa, su focalización y la pérdida relativa de impacto político de sus acciones.



Fotos: EPENSA/imágenes

Sendero Luminoso logró sobrevivir militarmente en el valle del Alto Huallaga y en el del río Apurímac. En este segundo frente con una movilidad importante que los lleva hasta las aún ahora casi invulnerables alturas de Vizcatán.

Esta columna armada tiene muy poca conexión con otros grupos de senderistas que sobrevivieron en el Huallaga y que están en una posición ideológica muy diferente, buscando más bien una "solución política" que les permita dejar las armas. Menos todavía tiene

conexión con los restos de Sendero Luminoso que intentan recomponerse y actuar políticamente en gremios sindicales y otros espacios.

Se acerca más a un grupo bandolero que conserva el discurso y los reflejos políticos de su senderismo original, pero cuyo objetivo fundamental es el de garantizar su propia supervivencia como grupo armado y hasta su propia supervivencia a secas.

Son sin embargo difíciles de erradicar militarmente, se

El secuestro les da notoriedad política y alguna logística, pero ratifica que estamos ante un problema que no hay que magnificar y menos aún con propósito de contrarrestar los esfuerzos de la verdad y la reconciliación nacional.

mueven en zonas de muy difícil acceso y virtualmente des pobladas e incursionan cíclicamente en los pequeños poblados de la región. Su movilidad ha aumentado en los últimos años por el repliegue de muchas de las bases militares que había en la zona, debido a cambios de prioridades y reducciones presupuestales en las Fuerzas Armadas. Y también por la pérdida de capacidad operativa de las rondas, sobre todo los Decas del valle del río Apurímac, que en el pasado empujaron a Sendero hasta su reducto de Vizcatán, luego de algunas de las más feroces (y olvidadas) batallas de la guerra interna.

La promesa del presidente Toledo de acabar con lo que queda de Sendero Luminoso para el fin de su gobierno en el 2006 era bastante razonable y realista. Hay una dimensión política del problema que en mucho es abordada por la Comisión de la Verdad y Reconciliación y por la creación de los Comisionados para la Paz y el Desarrollo para las tres zonas principales en las que el conflicto perdura, buscando que estos coordinen una mayor y mejor presencia del Estado en esas zonas. Pero hay por supuesto una dimensión estrictamente represiva y

de restablecimiento del orden que pasa por el desarme definitivo de lo queda de Sendero Luminoso en las zonas mencionadas.

Con las nuevas autoridades civiles en el Ministerio del Interior se buscó hacer un cambio drástico en la conducción de la estrategia antisubversiva en sus dimensiones política y militar. Fueron los mismos ministros del Interior —primero Rospigliosi y después Costa— que asumieron como suya esa responsabilidad. Ello no significaba en su concepción negar un rol a las Fuerzas Armadas sino determinar que el centro de gravedad estaba en el poder civil y, dentro de este, en la autoridad encargada del orden interno. Asimismo, que la Policía, en particular la Diroes y la Dircote, debían cumplir un papel fundamental, pero por supuesto con el apoyo logístico, de control territorial y en operaciones conjuntas de las Fuerzas Armadas.

No fue del todo fácil que esto ocurriese, y hubo grandes dificultades para incluir a las Fuerzas Armadas en esa lógica, pero se dieron avances. De hecho, después de algunos meses de parálisis por la emboscada senderista a una

patrulla policial (probablemente de la misma gente que ha perpetrado este secuestro) en la que murieron cuatro policías a solo cuatro días de asumido Rospigliosi, desde octubre o noviembre del 2001 se reinician las operaciones policiales. Ellas fueron de inteligencia y reconocimiento primero y, en el 2002, intervenciones helitransportadas, atacando campamentos senderistas, recuperando armamento y personas cautivas y, quizá lo más importante, creando inseguridad en los senderistas, que no podrían saber cuándo y en qué lugar se les podía atacar nuevamente.

Estas operaciones se intensificaron hacia finales del 2002, cuando se supo por diversas informaciones de inteligencia que los senderistas intentaban tomar los campamentos de Techint. De ahí los operativos Tormenta 2 y Tormenta 3. Además de ello se puso al tanto a la empresa de estos riesgos, para que pueda tomar las medidas de seguridad complementarias.

Todo parece indicar que entre febrero y junio del 2003 se dejó de lado estas acciones y Sendero Luminoso fue ganando confianza hasta llegar a lo ocurrido con la toma del campamento y el secuestro de setenta y un trabajadores.

Que Sendero Luminoso haya logrado su objetivo de tomar un campamento de la Techint tiene un lado muy negativo, porque da cuenta de la

fragilidad del Estado para mantener y desarrollar políticas en el tiempo, y se cae demasiado rápido en la inercia y la inacción; perjudica también por el impacto que puede tener en potenciales inversionistas (a quienes desde lejos les debe parecer una provincia más de Colombia) y la inseguridad que crea en empresas en zonas apartadas que en su momento fueron víctimas de Sendero Luminoso.

Quizá su lado positivo sea que da cuenta de la verdadera naturaleza del senderismo supérstite, un grupo mal armado, mal vestido, sin medicamentos y con una capacidad de enfrentar la acción militar que canjeó a sus secuestrados por lo poco (o no tan poco) que en las breves horas que tuvieron a sus rehenes la empresa pudo proveerles.

El secuestro les da notoriedad política y alguna logística, pero ratifica que estamos ante un problema que no hay que magnificar y menos aún con propósito de contrarrestar los esfuerzos de la verdad y la reconciliación nacional.

Impulsado por su hambre de victorias, el presidente Toledo le dio un toque tragicómico al resultado de las operaciones atribuyéndolo a una espectacular operación militar, cuando todo parece indicar que fue un secuestro apresurado en la selva, que colmó la capacidad logística y operativa de los incursos, y



que su asalto a la empresa, el equivalente a su cajero automático, les hizo desprenderse de gran parte de lo que llevaban y forzar el paso apenas sintieron a la distancia la presencia de los helicópteros del Ejército y la Policía.

El peligro remanente es, sin embargo, el que se pueda crear algo así como el modelo ELN en esa zona en Ayacucho. Al ELN colombiano, que se encontraba sumamente debilitado, casi en vías de extinción, la industria petrolera colombiana le permitió no solo sobrevivir, sino crecer, adaptando un nuevo método: el de parasitar la industria y vivir de ella.

Si en una zona muy pobre y con una serie de crisis sociales (las remanentes de la guerra interna, las de la coca), en donde permanece un grupo armado, duro pero hambriento, empieza a moverse un nivel muy alto de recursos, gracias a la presencia de empresas como Techint, es casi inevitable que el grupo armado intente establecer una relación parásita con la empresa.

Esta puede encontrar que le resulta más fácil entrar en arreglos bajo cuerda que pagar los costos considerables de seguridad y afrontar los riesgos consecuentes. Las consecuencias, si el Estado y la sociedad permiten eso, pueden ser desastrosas. ▲